



José de Benito



Hermanos de la Costa

De Estampas de España e Indias



Piedad bucanera

El toque del Ángelus vespertino daba por terminadas las faenas del día en la isleta central de Las Santas. El reverendo padre Duarte, de la Orden de Santo Domingo, que regentaba la parroquia de la isla, al acabar sus preces, salió de la pequeña iglesia colonial que apenas si era un cuadrilátero de ocho metros por diez pulcramente enjabelgado y en cuya simple fachada naciente relucía, todavía vibrante por el último golpe del toque de oración, una campana de no más de treinta arrobas de peso. El buen padre Duarte recorría a diario antes de acostarse las veinticuatro viviendas de su feligresía. Para todos tenía la palabra de aliento y el consuelo oportuno. Doce años hacía que había llegado de La Dominica con ocho colonos pobladores en una hermosa tarde de

septiembre, y todas las tardes, cuando sus labios musitaban la oración, el padre Duarte sabía qué hombres, mujeres y niños con la cabeza reclinada sobre el pecho, en el campo, en la bahía o en casa, decían con él las alabanzas a la Encarnación del Señor.

Doce años día a día habían ido plateando los cabellos del párroco hasta dejarlos blancos, y sus trazos enérgicos de cántabro se habían ido quedando en los riscos del pequeño archipiélago en un esfuerzo continuo y sin desmayo por animar a su grey en los momentos duros en que unas horas de ciclón antillano habían deshecho la paciente labor de los colonos, destrozando las casas o arrasando las sementeras amorosamente cuidadas.

La última visita del día era para Ambrosio el carpintero, santanderino como él y a cuyos cuatro hijos había -78- bautizado y enseñado la doctrina de Cristo. Hablaban de su tierra, de las noticias que muy de tarde en tarde llegaban de la Corte del rey Carlos II, de la lucha con franceses e ingleses y de la prosperidad de la isleta. Como todos los días, maese Ambrosio acompañó al padre Duarte los cien metros que separaban su vivienda de la casa parroquial, junto a la iglesia, y cada cual se fue a tomar su colación y a esperar que la salida del sol marcara otra jornada en sus vidas tranquilas y honorables.

* * *

Comenzaban los gallos su canto precursor de la aurora. La mar en calma iba adquiriendo la claridad que le daban las primeras luces del día. En el puerto una goleta de mediano porte, pintada de negro, acariciaba con sus mástiles desnudos el cielo, en un suave hurgar como de cosquilleo. Bogando sin ruido, se acercaban a la orilla dos botes repletos de hombres armados. Saltaron a tierra. Eran más de cincuenta. A su frente avanzaba un tipo rudo de mejor aspecto. Calzaba botas altas de cuero, mientras los que seguían iban a pie descalzo. En silencio fueron subiendo el repecho de la plaza, a cuyo fondo se levantaba la iglesia. Sin vacilar se dirigieron a la humilde casa parroquial. La puerta estaba abierta. El padre Duarte se encontraba ya en pie, y al verlos irrumpir, sin alterarse se dirigió al que parecía jefe:

-Usted dirá, señor, en qué puedo servirle.

El aludido pareció vacilar. Se descubrió con muestra de respeto y asombro de la cordial recepción y respondió con marcado acento extranjero:

-Soy el capitán Daniel, de los Hermanos de la Costa, padre. Estoy corto de provisiones de boca y necesito vino, aguardiente y algunas docenas de aves para mi gente. Pero vengo a comprarlas, si no hay inconveniente -agregó rápido.

-Si es eso sólo -dijo el párroco-, no lo creo difícil, mas temo que los colonos se alarman viéndolos de esta guisa -y con sus ojos bondadosos y algo socarrones -79- indicaba las enormes pistolas de los bucaneros y los sables cortos que colgaban a sus costados-. Mejor sería que yo les avisara para evitar cualquier pendencia.

-Tal era mi deseo, señor abate, y aun me atrevería a pedirle que me honrase viniendo con sus feligreses a bordo para decir la misa que hace varios meses no han podido oír estos muchachos y están necesitados de cuidar de su alma a veces un tanto descuidada. Pero son buenos chicos, y saben guardar el respeto a los hábitos que viste su merced.

El padre Duarte sacó unas jarras de vino rosado de Valdepeñas y después de recomendar a sus huéspedes que le esperasen con calma en la casa parroquial, se dirigió hacia la de maese Ambrosio para que advirtiese a los vecinos del acaecimiento.

Atemorizados, pero con cierta confianza en la promesa del padre Duarte, los vecinos se fueron congregando en la plaza. Algunas mujeres lloraban y la mayor parte de los chiquillos se habían reunido junto al mar, mirando curiosamente la goleta, cuyos cañones y cuyo casco negro pregonaban la aventurera actividad de los visitantes de la isla.

El capitán Daniel organizó la requisa de las mercancías y una vez cargadas en los botes, en tres viajes se trasladaron a bordo bucaneros y vecinos,

presididos por el capitán Daniel y por el padre Duarte, a quien el corsario trataba con gran deferencia. El pobre párroco pedía a Dios que todo aquello terminase con bien. Sobre el puente de popa se instaló por los Hermanos de la Costa el altar y ayudado por el bueno de maese Ambrosio, que no se separaba de él, el padre Duarte se revistió para el santo sacrificio. Sobre cubierta y en el entrepuente, los hombres del capitán Daniel, entre los que abundaban los franceses, algún holandés y unos cuantos ingleses, miraban con mezcla de misericordia y desdén a los pacíficos feligreses del padre Duarte, que se habían apiñado hacia la escala del puente de popa, lo más cerca posible del altar. El capitán Daniel, que había ordenado preparar salvas en cuatro de los cañones, -80- recomendó la máxima compostura a su gente, alzó el brazo para que disparasen los artilleros y adoptó un aire teatral de recogimiento después de persignarse ostensiblemente con las dos rodillas en tierra.

El vinillo manchego con que había obsequiado el párroco a los que irrumpieron en su casa, había hecho, por lo visto, efecto a un bucanero marsellés llamado Antoine, y para atemorizar a los vecinos, les lanzaba terribles miradas fanfarronas. En el momento de alzar, al oír el estampido del cañón de proa, Antoine hizo ademán de sacar el sable de abordaje. El capitán corsario le había seguido en sus gesticulaciones y al verle empuñar el arma se aproximó a él y en tono firme le dijo:

-Compostura, Antoine. Si estás bebido, retírate.

-Menos orgullo, Daniel. Soy tan hermano de la costa como tú y haré ahora y siempre lo que se...

Un pistoletazo cortó la frase del bucanero. El capitán, rápido como el rayo, había levantado el brazo y descargado una de sus pistolas a medio metro de la cabeza del marsellés. El padre Duarte continuó sin volver siquiera la cabeza, y maese Ambrosio, que actuaba de acólito y que creyó llegada la hora de la matanza, musitó entre dientes: «Piedad, Señor.» El capitán Daniel guardó su pistola sin alterarse, miró dominador a vecinos y bucaneros y acercándose al

sacerdote, que al oírle llegar no pudo ocultar un ligero temblor en sus manos y cierta palidez en el rostro, le dijo con estudiada humildad:

-No se alarme, padre mío; es un bribón que falta a su deber y lo castigo para enseñarlo mejor.

En la aldea, el ruido de los cañonazos tenía en alarma a las esposas de los que se encontraban a bordo. La misa continuó sin más incidencia, seguida con todo respeto por los corsarios y la consiguiente intranquilidad por los vecinos de la isleta. El cadáver del marsellés irreverente se quedó cara al sol en medio de un charco de sangre que millares de moscas se apresuraron a gustar. Con las piernas separadas, la cabeza deshecha y los ojos abiertos, mirando sin mirar al cielo, el despojo de Antoine parecía esperar la bendición del oficiante. Tras -81- el *Exaudiat* y las oraciones por la vida del rey nuestro señor, el padre aprovechó el instante en que Daniel lanzaba un estentóreo *Vive le roi!*, para impartir su bendición al desdichado. Un minuto después, con una piedra al cuello, y sin la menor ceremonia, dos compañeros suyos lo lanzaban por la borda y Daniel apuntaba en su cuaderno el reparto entre los bucaneros restantes del botín que en el viaje había correspondido al muerto, después de entregar al sacerdote, como precio de la misa, un esclavo negro, y algunos objetos de culto procedentes, sin duda, de un saqueo anterior.

Vueltos todos a tierra, el padre Duarte se trasladó a su iglesia seguido por los vecinos y las familias. Un ferviente tedeum en acción de gracias y un responso por el alma de Antoine fueron oídos devotamente por los feligreses. Cuando al salir miraron a la bahía, la goleta, izadas sus velas, enfilaba a la mar, y el capitán Daniel, seguro de haber ganado el cielo por su «piedad» religiosa, saludaba desde lo alto del puente agitando el sombrero y pensando en voz alta:

-¡Qué bruto ese Antoine! Estoy seguro de que el padre ha debido de asustarse. Si no me apresuro, el marsellés estropea la misa más bonita de toda mi carrera.

Cortó el hilo de su pensamiento para gritar: «¡*Ohé*, izad los foques!», y terminó: «¡Qué bueno es sentir aliviada la conciencia con una misa a bordo! Si alguna vez vuelvo por aquí, le ofreceré el puesto de capellán de mi goleta a ese bendito padre.»

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

